



Política
& Sociedad

Camilo Torres Restrepo, mucho más que un “cura guerrillero”

RAMÓN FAYAD, exrector y miembro del Centro de Pensamiento y Seguimiento al Diálogo de Paz
Universidad Nacional de Colombia

Al cumplirse 50 años de la muerte del capellán, profesor e investigador de la UN, se dictará una cátedra sobre el legado de quien ha trascendido más como el cura “guerrillero”, que como el investigador social creador de las juntas de acción comunal y líder de causas sociales.



FOTO: Archivo Histórico UN.

“EL TRABAJO CON LOS ESTUDIANTES ES EL QUE ME HA LLENADO MÁS, después del trabajo con los pobres”, escribió Camilo Torres.

EN MARZO DE 1959, CAMILO TORRES RESTREPO, sacerdote católico e hijo del prestigioso pediatra Calixto Torres Umaña y la activista liberal Isabel Restrepo, miembros de la “alta sociedad” bogotana, se vinculó a la capellanía de la Universidad Nacional de Colombia.

Había estudiado sociología en Lovaina (Bélgica) y adelantado una corta especialización en la Universidad de Minnesota. En Europa, interactuó y trabajó con los curas obreros, lo que quizás acrecentó su sensibilidad social en el sentido de que la iglesia debería trabajar no para los pobres, sino con los pobres.

Hacia pocos meses había triunfado la revolución cubana y en Colombia se iniciaba el primer gobierno del “pacto” del Frente Nacional, en el que el ejercicio del poder político se alternaba entre los dos partidos tradicionales (liberal y conservador).

Aumentaba el fragor de los combates en Vietnam y las tensiones de la guerra fría. Se sabía de los antecedentes del Concilio Vaticano II, cuyo propósito era “abrir las ventanas de la iglesia para que podamos ver hacia afuera y los fieles puedan ver hacia el interior”.

A su ingreso como capellán auxiliar organizó con varios estudiantes la “marcha del ladrillo”, para terminar la construcción de la capilla. Camilo, el sacerdote de sotana, que siempre fumaba pipa, acabó con la prevención de que había llegado a la Universidad el típico cura de misa y olla.

Pocos meses después se vinculó como profesor de sociología, en la Facultad de Economía. Con sus estudiantes y alumnos de otras carreras, inició varios programas de acción comunal en el municipio cundinamarqués de Cogua y en el barrio Tunjuelito de Bogotá.

A comienzos de los años 50, en este barrio que marcaba el extremo sur del Distrito Capital, no se contaba con las mínimas condiciones de vida digna. La mayoría de sus habitantes eran familias desvalidas de campesinos desplazados por la violencia que azotaba a los campos de Boyacá, Tolima y Santander.

Camilo encontró en ese barrio el espacio adecuado para poner en práctica su concepción de investigación-acción. Con el trabajo “Plan piloto del barrio Tunjuelito, Bogotá”, ganó el Premio Nacional Alejandro Ángel Escobar en Beneficencia (hoy Solidaridad) en 1959. El reconocimiento (6.000 pesos) lo donó para que se continuaran las obras sociales en el sector.

“En la Universidad estoy feliz. El trabajo con los estudiantes es el que me ha llenado más, después del trabajo con los pobres”, escribió.

CREADOR DE LAS JAC

Junto con Orlando Fals Borda creó la carrera y la Facultad de Sociología, con planes de estudio para formar profesionales con conocimientos especializados y capacidades para adelantar trabajos comunitarios. En esta facultad, también con Fals

Borda y con Luis Sandoval y Luis Emiro Valencia, creó las juntas de acción comunal.

En 1963 presidió el Primer Congreso Nacional de Sociología realizado en la UN, donde presentó la ponencia “La violencia y los cambios socioculturales en las áreas rurales colombianas”. Si bien no aparece como autor, muchos académicos lo reconocen como el gestor de la publicación del bien conocido libro *La violencia en Colombia*, de Fals Borda, Germán Guzmán Campo y Eduardo Umaña Luna.

Por los enfrentamientos con el entonces cardenal Concha Córdoba, en principio más por su respaldo a los estudiantes que habían sido expulsados de la UN, que por sus posiciones sobre el significado del evangelio en materia social y política, Camilo fue suspendido de su cargo como capellán y profesor. Sin embargo, las autoridades eclesásticas lo nombraron vicario coadjutor en la Iglesia de La Veracruz en Bogotá, representante de la iglesia en la junta directiva del Instituto Colombiano de la Reforma Agraria (Incora) y decano en la Escuela de Administración Pública (ESAP).

Al no encontrar espacios ni mecanismos para que se adelantaran cambios estructurales en el país, cuando se aceptó su solicitud de retornar al estado laical, creó y lanzó la plataforma del Frente Unido del Pueblo. En los 13 ejemplares del periódico *Frente Unido*, que él dirigió, reiteró su espíritu revolucionario

comprometido con los más desvalidos de la sociedad colombiana.

Convocó a todos los sectores sociales, en oposición al sistema restringido del Frente Nacional, para que se atendieran las necesidades más apremiantes de las áreas rurales y urbanas. Fue quizás uno de los movimientos que más ha aglutinado a amplias franjas del país, aunque de muy corta duración.

En los inicios del Concilio Vaticano II, Camilo proclamaba que no reñía con los principios de Cristo garantizar la vida eterna para quienes, aun sin ser católicos, obraran de buena fe y con amor al prójimo. Estos principios, entre otros, inspiraron la asociación de sacerdotes católicos colombianos, el grupo Golconda, creado a finales de la década del 60 y comienzos de la del 70. La influencia decisiva del pensamiento de Camilo se concentra en el libro *La revolución de las sotanas*. Varios de sus integrantes radicalizaron sus posiciones políticas y se enrolaron en los grupos guerrilleros.

OTRO ESCENARIO SOCIAL

La injusticia y las desigualdades sociales permanecen, pero hoy las circunstancias han cambiado. Con el restablecimiento de las relaciones entre Estados Unidos y Cuba, la guerra fría terminó en esta parte del planeta. La proximidad del papa Francisco a las orientaciones del Concilio Vaticano II dista mucho de las actitudes rígidas y de cercanía al poder del cardenal Concha.

El conflicto armado lo están sufriendo las franjas más desvalidas de nuestra sociedad y la mayoría de colombianos preferimos una solución negociada. Por estas razones, el análisis de las posiciones de Camilo tiene que ubicarse dentro del contexto de las realidades de su época.

Los documentos y pertenencias de Camilo, las biografías que se han escrito de él, sumadas a las declaraciones de familiares, compañeros de estudio, profesores, colegas, estudiantes, políticos y sacerdotes, simpatizantes y detractores, o simplemente amigos, revelan la cotidianidad fuera de su comprometido ejercicio sacerdotal, académico y político. Amante de la fritanga, como acompañante de sus

paseos de campo, de los riñones al jerez, preparados con exquisitez por su madre Isabel, y del aguardiente -licor preferido por sus estudiantes-, fue aficionado a la música llanera por ser el ritmo que más se le facilitaba acompañar con las cucharas de palo.

La muerte de Camilo Torres se ha conmemorado a lo largo de los años con actividades aisladas, particularmente por unos sectores que han querido monopolizar su nombre, su legado y sus fotografías.

Camilo siempre reconoció a la UN como espacio para desarrollarse como sacerdote, profesor, sociólogo y político. Sin embargo, ninguno de los escritos sobre su vida le da a la institución la importancia que él le otorgó.

En buen momento la UN, como institución de la sociedad colombiana, con motivo de cumplirse 50 años de su muerte, le rendirá un homenaje como reconocimiento a sus aportes académicos y profesionales. Es algo que trascenderá la imagen vaga del precursor de la teología de la liberación y la de simplemente “el cura guerrillero”.

La última opción que escogió, en la que apenas duró los últimos cuatro meses de su vida, podremos lamentarla, pero no juzgarla. Pretendemos honrar a ese ser humano íntegro y coherente que practicó el amor eficaz hasta las últimas consecuencias.

PALABRAS CLAVE: Camilo Torres, cátedra, Universidad Nacional. Consúltelas en www.unperiodico.unal.edu.co